



BOLETÍN del ATENEO DE ZARAGOZA

Núm. 144 - Abril 2008

Director y redactor Jefe: L. García Camañes

ADIÓS A PILAR BURGES

El pasado 22 de febrero, cumplidos los 80 años de edad el día 4 del mismo mes, falleció en Zaragoza María Pilar Burges, decana de las pintoras aragonesas y figura del Arte muy difícilmente repetible. Nació en la calle de la Roda (hoy Santa Isabel), prácticamente a la sombra del Pilar, lo que sin duda encendió en ella ese amor hasta el dolor que siempre profesó a su Aragón querido, sentimiento que lamentablemente no vio correspondido como ella merecía.

Educada en las Hermanas de Santa Ana —a las que, con el tiempo, dedicaría una vidriera artística de 60 metros cuadrados—, su vocación irrefrenable hizo que se licenciase en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Jorge, de Barcelona, pensionada por la Excm^a Diputación de Zaragoza (beca «Francisco Pradilla»). Fundó y dirigió la Escuela de Arte Aplicado Burges, para la investigación de métodos pedagógicos (1957–1969). Pensionada luego por el Gobierno de Italia, perfeccionó estudios en Roma (1960–1961), donde coincidió con el hoy prestigioso Prof. Dr. Fernando Solsona, a la sazón becado asimismo en la Ciudad Eterna. A partir de entonces, su prestigio va en aumento y su carrera es un rosario ininterrumpido de trabajos, exposiciones y premios (Primer premio Copias Museo, Patronato Villahermosa, 1954; Medalla de Oro V Salón Hispano-Francés, 1966; Premio «Ciudad de Zaragoza», 1968; Premio «Santa Isabel», Excm^a Diputación Provincial de Zaragoza, 1975; etc., etc.)

También el deporte formó parte de sus actividades cotidianas, ya que fue miembro de una destacada familia de deportistas (su padre fue un notable y polifacético atleta, campeón de pértiga y futbolista cofundador del histórico Club Iberia). En su juventud, la persona de Pilar era muy popular en el Stadium Casablanca como reconocida nadadora y saltadora de trampolín y palanca.

Ningún artista plástico aragonés contemporáneo suyo exhibió una personalidad tan rica, variada, meritoria y fructífera. Como pintora de caballete, dominó dibujo y colorido, creando lo que ella denominó «hiperrealismo situacional», original concepción lumínico-cubista, tocada de fina crítica social. Trabajó el mural al fresco con evidente maestría, siendo su última obra en este campo el

das y enemiga de todo lo que fuese mediocridad y falsas apariencias. De sólida formación humanista, en el trabajo fue metódica, precisa y autoexigente. Defendió a ultranza al género femenino, convencida de que la perjudicaba no poco su condición de mujer. Llegó al extremo de poner al lado de su nombre la palabra «Pintor» en las guías telefónicas de los pasados años 60 y 70.

Anciana, largo tiempo enferma, necesitada, e injustamente preterida por las fuerzas vivas de su

mural de la ermita de Fayón, diseñado con 75 años de edad y, por limitaciones físicas, llevado a la práctica por «mis otras manos», como ella decía refiriéndose a su jefe de andamio, el reputado profesor y artista Juan Baldellou. Excelente acuarelista, grabadora, figurinista, escenógrafa, diseñadora, y escritora de bien cortada pluma, Pilar mereció además el título de Artesana Ejemplar por sus originales cristales decorados.

Pero nada de esto le valió cuando en 2004 fue propuesta con todo merecimiento por el Ateneo de Zaragoza para el Premio Aragón de Artes Plásticas, que vergonzosamente le escamotearon —por no emplear una palabra más contundente—, para dárselo a un pintor forano, de Sevilla, traicionando el Jurado el espíritu de un galardón creado para exaltar y reconocer valores aragoneses tan preclaros como Pilar Burges.

Que así trata Aragón a muchos de sus hijos ilustres.

Fue discípula predilecta de la Profesora Joaquina Zamora, de la que fue asimismo albacea testamentaria. Comentando la figura de D^a Joaquina, Pilar solía destacar la injusticia, tan frecuente, que supone homenajear al artista sólo después de morir, como sucedió con su maestra, zaragozana nacida en la calle de la Paja.

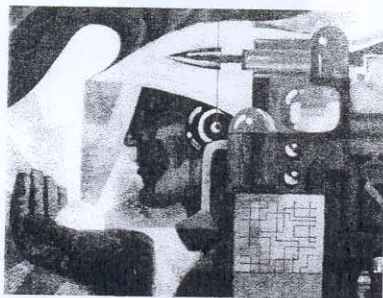
«Las honras, en vida. Para los muertos, oraciones y flores», afirmaba Pilar con aquella vehemencia que la caracterizaba.

Pilar murió sin ver cumplidas las dos ilusiones que alentó en sus últimos años: Ser admitida en la Real Academia de BB.AA. de San Luis de Zaragoza, que no supo distinguir sus merecimientos, y ver publicada su tesis doctoral (*«Estudio del trayecto recorrido por el creador plástico desde el proyecto hasta la obra realizada: Condiciones psicológicas y sociales»*, leída en Madrid en la Facultad de Bellas Artes y calificada con sobresaliente *cum laude* en 1996), que, por si sus méritos fuesen todavía cortos, la convirtió en la única mujer Doctora en Bellas Artes existente en Aragón.

Abordaba la práctica de todas sus actividades artísticas con la clarividencia propia de quien conoce la trascendencia del proceso creativo. «Hacer es zambullirse en el riesgo, es cruzar una puerta que nos defendía y separaba del mundo real» (Pág. 404 de su Tesis Doctoral).

En suma, Pilar Burges fue todo un carácter, una personalidad excepcional, de convicciones profun-

amada Zaragoza, esta artista integral, que hubiera sido el orgullo de cualquier otra Autonomía, falleció ignorada en su rincón, pero orgullosa de su brillante curriculum profesional y de su siempre digna postura ante la vida. Descanse en paz esta eminente artista aragonesa, que quiso que su epitafio rezase: «Vivió despierta».



«Detente!, ¡detente!», óleo de M. P. Burges.